

**“Deseamos compartiros, no solo el evangelio de Dios, sino nuestras propias vidas.
Tan amados habéis llegado a sernos” 1Tes 2,8**

Pentecostés '04. En los campos de desplazados de Luena. Angola. África del Sur.

Señor Jesús, Hijo amado del Padre, único Hermano mayor de todos. Cuando partes el pan y la copa en nuestra mesa pequeña, la conviertes en el corazón de la humanidad, del mundo entero. “Mi cuerpo por vosotros”. “Esta copa, alianza nueva en mi Sangre vertida”. “El que como mi carne y bebe mi sangre vive en mí y yo en él. Y lo mismo que el Padre vive y yo vivo por el Padre, así los hermanos, que acogen mi pan y mi copa, vivirán por mí”. En el Espíritu, aliento de tus mismas entrañas, latido de tu mismo corazón, podremos vivir contigo, por ti, desde ti, por ellos y para ellos, cuerpo nuestro, nuestras entrañas. Señor, en tus entrañas, todos y todo, entrañas nuestras. Y el hondón de tus entrañas, hondón de las nuestras también.

Nuestros son aquellos cielos, nuestras aquellas tierras de lejos. Nuestras aquellas tiendas, nuestros aquellos pueblos lejanos. Nuestros los pobres, nuestros sus hijos, últimos de todos. Por eso, después de partiros el pan y la copa, en el Espíritu, resuenan vivamente tus palabras: “Id... a los confines de la tierra”. Y pasar así a lo más hondo del alma tu mismo amor por ellos, que están misteriosamente en esta misma mesa.

¿Cómo pasar a sus manos tu evangelio, Fuego vivo del Espíritu, para que aquellos niños y jóvenes puedan formar una familia de familias, un pueblo peregrino en tiendas? ¿Y cómo ayudar a los que tú llamas a ser allí apóstoles para reunir en torno a tu Mesa, a la Familia nueva, a la Iglesia, familia del Padre, cuerpo tuyo, tienda del Espíritu? Nos haces sentir con apremio el entregar el evangelio a los pequeños de lejos, pobres que lo reciban y lo entreguen.

Y al mismo tiempo tu amor nos apremia, no solo a darles el evangelio, sino hasta nuestras propias vidas. ¡Tan amados han llegado a sernos! Tu Espíritu nos arrastra a bajar, a despojarnos, a vaciarnos, a anonadarnos, para que ellos se levanten y se enriquezcan con tu pobreza, y se colmen en tu plenitud, por la vida del mundo. Allí, desde aquí ya ahora, bajar al último lugar, renunciar hasta lo que necesitamos para vivir, sembrándonos en el surco de tu cruz, allegados a su sangre vertida. Tú mismo, Señor, inspíranos los gestos nuevos, pequeños, frágiles, oscurecidos, para compartir con ellos, no solo la Mesa sino también el camino hoy, en los levantes de la aurora.